

2. La educación para la ciudadanía global como base de la educación política: Sí! Pero...

Edda Sant

La educación para la ciudadanía global es, cada vez más, uno de los objetivos educativos clave de las organizaciones internacionales. El Subdirector General de Educación de la UNESCO, por ejemplo, declaró hace relativamente poco que la educación para la ciudadanía global es una de las áreas estratégicas de su programa educativo, y que debe servir para que todos los ciudadanos del mundo estén “informados, dotados de espíritu crítico, socialmente conectados, éticos y comprometidos”. Otro ejemplo. La OECD, la organización que, entre otras cosas, organiza las pruebas PISA, está valorando la posibilidad de evaluar la “competencia global” entre el alumnado de secundaria. Si esta posibilidad se formaliza, quizás en unos años veremos rankings de países ordenados por como de competentes globalmente son sus jóvenes. Y quizás la educación para la ciudadanía global establecerá las bases de la educación política.

Pocas personas, al menos en el ámbito educativo, pondrían en duda que educar para la ciudadanía global es (o debería ser) uno de los propósitos de la enseñanza primaria y secundaria, y uno de los fundamentos de la educación política. Yo no soy una de ellas. Cuando hace ocho años discutía sobre ciudadanía con mi alumnado de tercero de la ESO, la ciudadanía global (aunque entonces seguramente llamábamos “la ciudadanía del mundo”) era uno de los temas clave. He seguido ejerciendo esta tarea con mis alumnos universitarios, tanto en Cataluña como en Inglaterra. Hace relativamente poco he co-editado un libro en el que autores de diferentes países hacen propuestas sobre qué es y qué debería ser la educación para la ciudadanía global. En el libro, muchos autores explican cómo la educación para la ciudadanía global puede contribuir a que nos entendamos los unos a los otros (¿por qué los otros piensan diferente a mí?), que podamos defender causas comunes (¿qué hacemos, por ejemplo, con el cambio climático?) y que podamos discutir aquellas aspectos en los que tal vez es más difícil ponernos de acuerdo (¿qué deberíamos hacer con la crisis de los refugiados?). Y así podría continuar (casi) indefinidamente. Hay muchas razones por las que creo que deberíamos educar a nuestro alumnado como ciudadanos del mundo.

No obstante, creo que “educar para la ciudadanía global” no es una cuestión fácil y exenta de problemas. En educar para la ciudadanía global, podemos caer en algunos de los mismos problemas que la ciudadanía global intenta solucionar. En este artículo,

quiero hablar de estos problemas.

Problema 1. Una única ciudadanía global

Los documentos de la UNESCO y de la OECD parecen tener muy claro lo que quieren decir cuando se refieren a la ciudadanía global o a las competencias globales. Y por lo tanto, tienen más o menos claro lo que significa educar para la ciudadanía global. Para muchos, esto puede ser una tranquilidad. Educar para la ciudadanía global, como ya he dicho, no es fácil. Y tener a alguien que, desde la posición de autoridad de estas organizaciones, nos orienta cómo lo tenemos que hacer nos puede facilitar el trabajo. Pero, desde mi punto de vista, esto podría ser un problema. ¿Por qué?

Para mí, educar para la ciudadanía global no es una fórmula matemática que tiene una respuesta exacta y única. Seguramente hay casi tantas maneras de definir “ciudadanía global” y “educación para la ciudadanía global” como personas hay en el mundo. Desde mi punto de vista, las personas somos diferentes, tenemos diferentes intereses, necesidades y maneras de ver el mundo. La humanidad es diversa. Creo que una única respuesta en relación con la ciudadanía global y la educación para la ciudadanía global suele ser la respuesta de aquellos que tienen más recursos para hacer valer su opinión. Aquellos que, como la OECD, responden a los intereses de los 24 estados miembros pero pueden definir lo que son las “competencias globales” de 72 de los países del mundo. Si para vosotros como para mí, “educar para la ciudadanía global” debe vincularse a los principios de igualdad y justicia, ¿cómo podemos educar en una única ciudadanía global definida por unos pocos?

Los educadores brasileños Vanessa Andreotti y Lynn Mario de Souza proponen como alternativa a este problema “aprender a leer el mundo a través de los ojos de los otros” (Andreotti y de Souza, 2008). Aprender a convivir en esta diversidad de tal manera que quizás la cuestión no es tanto “educar para la ciudadanía global” sino “educar para las ciudadanía globales”. Ayudar a nuestro alumnado a entender que personas de todo el mundo puedan tener diferentes maneras de comprender lo que significa la ciudadanía global, y que sí, realmente, esta ciudadanía debería ser “global” y estar abierta a todos los modos de entenderla. Plantearnos conjuntamente para que algunas maneras de entender el mundo se consideren más válidas que otras. Y qué podemos hacer para que nuestras propias preguntas y soluciones se hagan sentir en un mundo en el que todo el mundo habla, pero pocas voces se escuchan.

Problema 2. La ciudadanía global como consenso en oposición al conflicto de la ciudadanía nacional

Algunos teóricos e investigadores sugieren que la ciudadanía global muchas veces se define en oposición a las ciudadanía más “locales”, normalmente, a la ciudadanía nacional. Si defendemos esta posición, como docentes, seguramente defenderemos que en las escuelas, no deberíamos centrarnos tanto a enseñar la historia, la geo-

grafía, la lengua y la ciudadanía “nacional” sino sus equivalentes globales. Yo misma he dicho, en otras ocasiones, que la enseñanza de una historia global podría solucionar algunos de los problemas de la enseñanza de una historia nacional. Lo global se suele asociar al consenso, mientras que lo local/nacional al conflicto. Sin embargo, pienso que si creamos una contradicción entre lo nacional y lo global, entre enseñar a nuestro alumnado a ser ciudadanos del mundo o ser ciudadanos de sus países, estamos creando nuevos problemas. Quizás creamos consenso entre naciones, pero también creamos nuevos conflictos a nivel global. ¿Por qué?

Una ciudadanía global que excluye a aquellos que se identifican como “nacionales” no es global. Hoy en día, en Cataluña, pero también en muchas otras partes del mundo, si definimos la ciudadanía global en oposición a la nacional, excluimos más personas de las que incluimos. Si presentamos a nuestro alumnado la ciudadanía global como una alternativa a su identidad local, regional o nacional, probablemente parte de este alumnado se decante por lo más próximo. ¿Y qué tiene de global una ciudadanía que excluye a aquellos que se sienten arraigados a su realidad más próxima? Y un segundo problema. Si la ciudadanía global se opone a las ciudadanía más locales, ¿qué define esta ciudadanía global? Algunos creen que la respuesta a esta pregunta es el consenso. Que la ciudadanía global puede ser consensuada a partir de diversas ciudadanía nacionales y locales. Que la ciudadanía global incorporará lo mejor de las ciudadanía nacionales. Pero dejadme poner algunos ejemplos. En Cataluña, el árabe es la tercera lengua más hablada. Pero muy pocas escuelas se plantean enseñar árabe como “lengua extranjera”. Como lengua global. ¿Por qué? Lo mismo ocurre con la historia, si enseñamos una historia global, ¿enseñamos la historia del mundo o, quizá, la historia de algunos países de Europa? ¿Estamos hablando de consenso o estamos hablando de poder?

Me gustaría referirme aquí al filósofo francés Etienne Balibar (1996). Para Balibar, la universalidad ideal (como la ciudadanía global ideal) no puede ser absoluta y consensuada, sino que debe ser múltiple y, por consiguiente, inherentemente vinculada al conflicto. La ciudadanía global no puede construirse en oposición a las ciudadanía locales o nacionales, sino que debería definirse como una suma (no siempre bien avenida) de estas. Desde mi punto de vista, educar para la ciudadanía global no significa dejar de enseñar la historia local, regional o nacional, sino enfatizar cómo esta historia también es global. Enseñar la historia de otros lugares (¿por qué raramente enseñamos lo ocurrido fuera de Europa?). Y defender que esa otra historia también es global. Buscar puntos de encuentro y de desencuentro. Hablar de lo que nos une, pero también de lo que nos separa. Entender que el conflicto nos hace humanos, y que si es pacífico no tiene porque ser malo. Propongo una educación para la ciudadanía global que no rechaza sino que incorpora el conflicto.

Problema 3. Todos somos ciudadanos globales

“Todos somos ciudadanos globales” se ha convertido en una especie de eslogan que podemos ver a menudo en materiales educativos. Muchas veces estos materiales describen la ciudadanía global en relación a la globalización. Explican que todos y todas somos ciudadanas globales porque vivimos en un mundo en el que las personas, los bienes materiales y las ideas viajan a alta velocidad más allá de las fronteras. Describen la ciudadanía global como la ciudadanía del presente y, seguramente, de un futuro aún más globalizado. Así que, nos describen a todos y todas como ciudadanos del mundo. La pregunta aquí es: ¿lo somos?

El filósofo polaco Zygmunt Bauman (1999) describía ya hace años la diferencia entre los “turistas” y los “vagabundos”: “Los turistas se desplazan porque el mundo a su alcance (global) es irresistiblemente atractivo, los vagabundos lo hacen porque el mundo a su alcance (local) es terriblemente inhóspito. Los turistas viajan porque quieren; los vagabundos, porque no tienen otra elección soportable” (1999, p. 122).

Lo que Bauman nos demuestra es que quizás haya ciudadanos globales de primera y segunda categoría. Ciudadanos globales que lo quieren ser y otros que no tienen más remedio. Cuando presentamos la globalización y la ciudadanía global como un fenómeno eminentemente positivo caemos, en mi opinión, en un grave problema. Ponemos en el mismo saco a aquellos que disfrutan de los efectos de la globalización y a aquellos que son perjudicados. La globalización tiene muchas caras, y muchas de éstas no son positivas para la gran mayoría de la Humanidad. Si queremos educar para la ciudadanía global, desde mi punto de vista, no podemos describir el mundo de los y las ciudadanas globales como un mundo ideal, ni la ciudadanía global como la respuesta a todos los problemas. En un mundo democrático de ciudadanos globales, la globalización no se daría como un tema cerrado, sino que permitiría un diálogo sobre los pros y los contras. Ante este mundo, quizás nos plantearíamos con nuestro alumnado qué hemos ganado y qué hemos perdido debido a la globalización. Y qué han ganado y perdido los otros. Propongo debatir, más que educar, sobre la ciudadanía global.

Sí, pero...

No quisiera que señalar estos problemas se entienda como una crítica a la educación para la ciudadanía global como una dimensión de la formación política. Nada más lejos de mi intención. Desde mi punto de vista, la educación para la ciudadanía global debería ser uno de los propósitos de la educación. Sin embargo, pienso que en vez de educar a nuestro alumnado, como algunos plantean, para que sean “competentes globalmente”, lo que deberíamos hacer es debatir el significado de esta “ciudadanía global”, debatir sobre quién lo ha decidido y considerar esta ciudadanía global sólo como una entre muchas otras posibilidades. Sólo así, en mi opinión, podremos hablar de una ciudadanía global de todos.

Bibliografía

Andreotti, V. & de Souza, L. M. T. M. (2008). *Learning to Read the World Through Other Eyes*. Derby: Global Education. <http://developmenteducation.ie/resource/learning-to-read-the-world-through-other-eyes/>

Balibar, E. (1995). Ambiguous universality. *Differences: a journal of feminist cultural studies*, 7(1), 48-75.

Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. Mexico, DF: Fondo de cultura económica.